

Sofía Fisher  
encuentro con Pierre Encrevé

*Reforma de la ortografía  
y ley de protección  
del francés*

Ecole des Hautes Etudes  
en Sciences Sociales



Pierre Encrevé, Director de Estudios en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París, es sociolingüista, fonólogo, filósofo y teólogo protestante. Sus múltiples intereses intelectuales no le impidieron formar parte durante algunos años del gabinete de Michel Rocard, entonces Primer Ministro francés. Durante aquel período se nombró una comisión encargada de establecer reglas sencillas de aplicarse para dar mayor coherencia a la ortografía francesa. En esta entrevista Pierre Encrevé toca dos temas. En primer lugar, el de la reforma ortográfica, luego el de la ley Toubon -nombre del Ministro de Cultura y Francofonía. En el momento de la entrevista la ley todavía no había sido votada; luego fue aprobada fácilmente (el 4 de agosto de 1994), con algunas abstenciones y votos en contra, en particular, de las baneadas de la izquierda.

*Sofía Fisher:* En la sistematización de las escrituras de las lenguas vernáculas, la idea de regla, ¿implica la idea de ajuste y eventualmente la de reforma? Al interrogarnos sobre la creación de las Academias de lenguas, pudimos comprobar que en los prefacios de los grandes diccionarios de las lenguas europeas se plantea de entrada el problema de saber cómo se regularán las prácticas de escritura. Por ejemplo, el de la Real Academia Española subraya la relación fundamental entre sonido y signo, de modo de poder eliminar signos que no tengan un "respaldo" fónico. La o las reformas de la ortografía en Francia, ¿se ajustan o no a este modelo o privilegian más bien una hipótesis etimológica?

*Pierre Encrevé:* Históricamente la cuestión de la fijación de la

ortografía se halla ligada al desarrollo de la imprenta. A partir del momento en que se imprime, nos damos cuenta de que, contrariamente a la hipótesis de que se escribe como se pronuncia, no hay ninguna unidad de lectura, precisamente porque el modo en que se transcribe lo que uno mismo oye de lo que dice, varía enormemente. Frente a la imprenta esto se vuelve evidente, y muy pronto aparece quien se propone "normar" lo escrito. Ya antes de la Academia estaba Meigret<sup>1</sup>; hay propuestas que van en ese sentido y el debate no queda cerrado: cada uno hace lo que quiere. Luego, no solo en Francia sino también en España y Portugal, instituciones, algunas de ellas estatales, acaban por decir que hay que unificar. Esta idea fundamental guía incluso la creación de las Academias frente a la multiplicidad de grafías originada, por una parte, por el abandono del latín (mientras se trata de latín no hay problemas de ortografía), y, por la otra, por factores que se acumulan: la imprenta, Villers-Cotterêts<sup>2</sup> y el desarrollo de la lectura y del libro, a lo que hay que añadir a Du Bellay y, en el Renacimiento, el movimiento de Meigret y de algunos más para reformar la ortografía, así como, dado que ahora las fuentes son claras, también la Reforma. Se puede ver la relación fuerte entre Reforma religiosa y reforma de la ortografía: todo se da en un mismo momento. La Reforma se está enfrentando a la universidad y -es uno de los reproches permanentes que se le hace- rompe la unidad del país. Por lo tanto, se vuelve necesario reunificar la escritura de la lengua: la Academia cumplirá ese papel. En aquel momento la Academia Francesa se plantea el problema del diccionario, diccionario que reformará incesantemente hasta 1935. Contrariamente a las ideas heredadas, en Francia quien reforma la ortografía es la Academia: reintroduce constantemente palabras nuevas y reorganiza las primeras ortografías que se habían impuesto irreflexivamente. Durante mucho tiempo, los escritores no siguieron necesariamente las reglas de la Academia, ya que nada se lo imponía; la

1. L. Meigret, uno de los primeros en afirmar la regularidad y la gramaticalidad de las lenguas vulgares: estas pueden ser segmentadas y obedecen a reglas. Autor del *Traicté touchant le commun usage del'écriture françoise...*, París, 1545, y del *Tretté de Grammere Françoese*, París, Ch. Wechel, 1550. Sobre todo ese período se puede consultar el libro de Danielle Trudeau, *Les inventeurs du bon usage* (1529-1647), París, Ed. de Minuit, 1992.

2. La ordenanzas de Villers-Cotterêts (1539), firmadas por Francisco I, reorganizaban la justicia e imponían el uso del francés en vez del latín en todos los actos jurídicos.

Academia era una autoridad simbólica, no una autoridad estatal. Testigo de ello es la diversidad de manuscritos e impresiones. La Academia modifica sin cesar, registra el uso y, dado que este es diverso, intenta clasificar. En el siglo XVIII se decide introducir sistemáticamente el acento circunflejo, que no existía; se sabe que fue el abate d'Olivet quien lo impuso, y lo hizo según su propia pronunciación del Franco-Condado. No realizó ningún trabajo etimológico: donde pronunciaba una vocal larga o posterior y donde él oía *a, e, i, u*, puso el acento circunflejo en uno de los dos casos. En el siglo XIX, con la lingüística y la etimología, esta aparece como el árbitro de ciertos usos; algunas escrituras se rehacen en función de la etimología, otras no. No olvidemos que el francés es una lengua que se escribe a partir de otra cuya escritura está fijada desde la antigüedad; sin ello la cuestión de la etimología no se plantearía.

*S.F.*: En ciertos gramáticos del siglo XVIII -pienso precisamente en Wailly (edición de 1780)- existe la preocupación por la adecuación de lo escrito ya al uso, ya a la "buena" relación entre sonido y transcripción. En su Prefacio, Wailly utiliza una ortografía reformada, la que abandona voluntariamente en el resto de la Gramática.

*P.E.*: Según la Academia (reforma de 1830), la *f* ya no se escribe *ph*, pero es una fantasía; más seriamente, la palabra *enfant* llevará una *t* final, pero la *Revue des Deux-Mondes* solo abandonó la ortografía antigua alrededor de ...1914. Sucede lo mismo con *poëte*, que recién a fines del siglo pierde su diéresis. De hecho, la Academia innova mucho. Lo que cambia realmente es que alrededor de 1870 se crean cátedras de lingüística en el Collège de France y en la Ecole Pratique des Hautes Etudes. Después de la guerra de 1870 toma forma la idea de que la derrota se debía en parte al hecho de no poseer universidades comparables a la de Jena. No olvidemos que toda la lingüística románica la hacían los alemanes; los lingüistas franceses se interesarán en la ortografía precisamente a partir de la romanística y de su propia experiencia científica. Las demás reformas de la ortografía eran pragmáticas, inspiradas por el uso. Littré, luego Gaston Paris y otros firman peticiones para reformar la ortografía. Su punto de vista científico, en momentos en que se está constituyendo la lingüística general, implica una mayor atención a lo oral, y tratan de acortar la distancia entre oral y escrito. Al respecto es interesante la posición de Littré: él teme que lo escrito destina sobre lo oral, y ante todo

no quiere que los maestros obliguen a los niños a pronunciar como escriben. Teme que la "belle langue" desaparezca, puesto que su concepción misma dependía de la oralidad. El "bel françois" usado tanto en la corte como entre los letrados que conservaban su tradición, no consistía en pronunciar como se escribe. En el prefacio de su Diccionario, Littré se preocupa por la pronunciación con "liaison" del nombre Etats-Unis [etá zyní], dado que los bienhablantes por supuesto lo pronuncian sin "liaison" [etá yní]. El pronóstico de Littré se cumplió: contrariamente a lo que dicen periodistas que se pretenden informados, los maestros ganaron. En Francia se pronuncia cada vez más como se escribe y es una ilusión imaginarse la inversa. Paralelamente y apoyándose en la Academia, los maestros y los correctores de pruebas, la ortografía se mantiene *ne varietur* en una gran cantidad de palabras.

Mientras exista solamente su Diccionario, la Academia triunfará, pero la última edición (1935) tiene menos de 30.000 palabras y es el momento en que se publica el Petit Larousse y otros más, como el Hachette, que lo sustituyen. Esto hizo aparecer un problema imprevisto: los diccionarios divergen, no tienen una ortografía unificada y cada autor que introduce palabras que no estaban en el de la Academia sigue sus propios criterios.

S.F.: En la América hispánica del siglo XIX tuvo lugar una gran polémica, que comenzó en los años 1820-24 y terminó recién a fines de siglo, con algunos momentos de tensión alrededor de los años cuarenta, especialmente en Chile. Se trataba de hacer dos cosas: 1) apropiarse del castellano, 2) mostrar que el uso americano no era el de España. Esto pasaba por la pronunciación y por una transcripción que privilegia la relación sonido/signo. Lo cual, por lo demás, era una de las reglas de la Academia española en el momento de su creación. Los casos más evidentes eran los de la diferencia de pronunciación de un mismo signo escrito. Por ejemplo, la *y*, que puede ser pronunciada como la vocal *i* cuando funciona como conjunción *y* como consonante cuando forma sílaba precediendo una de las vocales de la lengua. Ya Sarmiento dice que en la Argentina existe una pronunciación para la forma silábica parecida a la /dg/ del italiano *spiaggia*. No es el mismo objeto fónico el que se representa, y parte de la argumentación consiste en tratar de constituir un tipo de política de la lengua bajo la forma de identidad nacional. Unó de los últimos avatares de estos "ajustes de cuentas" entre ex-colonias y

metrópolis es una reforma del portugués aceptada por la Academia portuguesa, reforma basada en el habla del Brasil y de las ex-colonias africanas. Los portugueses reaccionaron poco después...

*P.F.* : En Francia se plantearon dos cosas. Por una parte, a fines del siglo XIX los lingüistas dicen que la ortografía está en manos de *amateurs*, y esto nos remite a la querrela entre "mundanos" y "letrados"; los académicos son "amateurs", los lingüistas somos profesionales; por lo tanto, es tarea nuestra emprender tal reforma.

Algunos, como Ferdinand Brunot, o escritores de izquierda, como Anatole France, estaban a favor de la reforma; los anti-dreyfusistas estaban en contra. Vemos cómo esta cuestión toca profundamente el aspecto político. Algunos pedían reformas radicales, otros se contentaban con suprimir la concordancia del participio pasado.

Existe otro elemento, que ya estaba presente en tiempos de Jules Ferry: cuando la escuela se vuelve realmente obligatoria para todos se descubre que concurrirán a las aulas los que siempre estuvieron excluidos de ellas, los que se encuentran en condiciones diferentes de las habituales de la gente culta. Llega gente sin ninguna tradición escrita; sus manuscritos muestran que está muy lejos del uso codificado. Contrariamente, pues, a la leyenda que todavía circula entre nosotros, hay gente que piensa que la escuela de la Tercera República no logró en absoluto enseñar la ortografía a las generaciones de campesinos, que es un fracaso total. Hay que decir que muy pocos obtenían el certificado de estudios<sup>3</sup>; y en lo que respecta a la ortografía, solo una pequeña fracción lo lograba. En ese entonces ya se planteaba el problema de saber si, dada la distancia existente entre la transcripción espontánea de la oralidad y el escrito consciente, era razonable y realmente necesario imponer un tal divorcio en la cabeza de los niños. Para los intelectuales de izquierda no es posible imponer a las clases populares un sentimiento de inferioridad sobre la ortografía, dado que esta es realmente asunto de letrados. Las cosas han seguido evolucionando y desde ese punto de vista la evolución más determinante es la computadora con sus correctores ortográficos. El problema vuelve a plantearse desde hace unos años en Francia sobre una

3. El certificado de estudios, examen de fin del ciclo primario, fue durante casi un siglo el signo más evidente del triunfo de la escuela laica, gratuita y obligatoria tal como la definía la ley Ferry (1880-81).

base científica. La ortografía convencional es muy arbitraria y puede mejorarse; se admite, además, que no se parece en nada a la oralidad, se abandona la idea de una escritura fonética y se trata de que no sea arbitraria para la enseñanza. En definitiva, tiene poca importancia que tenga relación con lo oral, pero es muy grave que haya muchas excepciones. Poco importa cuáles son las reglas, pero que por lo menos el conjunto de las palabras sea conforme a reglas; recordemos que la ortografía del francés, en su larga historia, está hecha de excepciones. Se trataba de volver coherente no solo un diccionario sino los diccionarios entre sí. A fines de los años sesenta se comienza a contar palabras, en particular en el CILF (Conseil International de la Langue Française), y se descubre que si se comparan el Petit Robert, el Petit Larousse y el Hachette, al menos el diez por ciento de las palabras tiene una ortografía diferente. Se llega a la abstracción que todo padre de alumno puede comprobar en Francia: la ortografía cambia según el diccionario que posea el maestro, y si este cambia, cambia el diccionario. Por lo tanto, un diez por ciento de las pocas palabras que se encuentran en los diccionarios no tiene la misma grafía. Un diccionario corriente cuenta con unas 50.000 palabras, uno más importante con alrededor de 150.000; el CNRS (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas) encontró para el conjunto de sus repertorios unos cinco millones de términos, y pocas palabras siguen una única norma ortográfica.

*S.F.:* Esto plantea el problema de la norma y el acrecentamiento del vocabulario.

*P.E.:* En términos modernos el problema no se plantea así. Se contaba y se decía: el francés tiene más palabras que el inglés. Esto no funciona, por ejemplo, en el caso de los nombres de sustancias químicas: tanto en inglés como en francés se enriquecen con unos 20 a 25 mil términos por año, que tienen vigencia breve pero mientras tanto existen y se escriben.

Nuevo problema, el de la neología. Está el vocabulario ya escrito y el que se deberá escribir y las normas que se deberán aplicar. En lo que respecta a la rectificación de la ortografía, en 1989 no se trató nunca de proponer una nueva ortografía fonética, sino de eliminar totalmente cierto número de incoherencias. De ningún modo se quiso establecer normas obligatorias, sino sencillamente, dado que todos los diccionarios

divergían, sistematizar las divergencias. Que todos los diccionarios tuvieran por lo menos una forma común para cada palabra; se creaba asimismo cierto número de formas nuevas para las mismas palabras, para que se redujera el número de excepciones. Por ejemplo, en el caso de *chariot/charrette*, se proponía colocar el mismo número de *r* en cada palabra. No imponer, sino proponer. Dado que en el diccionario ya hay muchas palabras con formas diferentes, una que sea más sencilla de enseñar -y no solo de escribir- porque entra en series ya conocidas, será solo una forma más. No se trataba en absoluto de ir restringiendo las libertades, sino de ampliarlas, de dar nuevas libertades más fáciles de enseñar y, por lo tanto, de adquirir. Esas formas no son más sencillas en sí; son tan complicadas como las precedentes, pero, dada la larga historia del francés, no se podía volver a fojas cero.

S.F. : Me parece que aquí se presenta el problema planteado por la ley Toubon, el del crecimiento por préstamo de cierto número de términos y de las transformaciones sintácticas que esto supone. No se trata solo de corregir palabras sino de rechazar formas que se dan por un efecto de aculturación, giros ya estabilizados frente a algo más político, más "franchute". ¿Es necesario, incluso si pensamos en las ciencias, mantener a toda costa un monolingüismo estricto?

P.E. : Hay dos o tres problemas importantes en lo que dices, en parte relativos a la ley Toubon, pero absolutamente al revés. Desde esa perspectiva se podría decir que en la rectificación del 89 hay un punto de vista de izquierda y en la de Toubon uno de derecha. En el 89 se trataba verdaderamente de ampliar las libertades, ya no se considerará como un error omitir los acentos circunflejos, en particular allí donde nada los justifica; se puede seguir poniéndolos, pero también pueden suprimirse, lo que por lo demás hacen todos los niños. Y esto fue aceptado por la Academia Francesa, en los circunflejos sobre la *i* y la *u*.

En segundo lugar, tratándose de palabras extranjeras, afrancesarlas. Esto no significa excluirlas, sino que, en la lógica tradicional de la izquierda en Francia respecto de los inmigrados, se los integra. Se escribirá *révoluer* poniendo un acento sobre la *é* de *ré-* que no lo poseía. Sucede lo mismo con la *é* de *médium* o una *-s* a *spaguettis*, es decir que se los integrará realmente, se escribirán las palabras extranjeras empleadas por los franceses y que ya están en los diccionarios y en los usos y que además

se pronuncian a la francesa, se los hará franceses, dándoles su cédula de identidad. Desde este punto de vista existe un pensamiento general que excluye el rechazo del extranjero y que lo recibe. Es la ley del suelo, están en nuestra tierra y se los naturaliza.

Por otro lado, sobre los dos puntos políticos de los que hablo -las libertades y los extranjeros-, Toubon tiene la posición opuesta. Restringir las libertades públicas respecto de la lengua y, además, excluir las palabras extranjeras. Finalmente, lo que nadie jamás se atrevió a proponer, salvo en un régimen autoritario, imponer una terminología oficial. Es algo increíble darse cuenta de que nadie sabe leer esta ley y que prácticamente nadie se siente molesto; ya que todos se pronuncian sobre su espíritu: un poco más de inglés o de francés, se dice, y nadie la estudia seriamente.

La ley Toubon dice muchas cosas diferentes; hay cosas muy buenas: por ejemplo, retoma un proyecto del gobierno anterior, el proyecto de ley Tasca, proponiendo la defensa del consumidor. Todos los objetos deben tener indicaciones para su uso en su lengua de origen si se quiere, pero también en francés. Es criticable, pero recordemos que hay gente que ignora el inglés. Antes no era obligatorio; en parte ya se hallaba en la ley Bas-Lauriol de 1975, la única que existe para el francés y que la ley Toubon desarrolla sistematizándola de un modo, a mi parecer, chocante. Ya la ley Bas-Lauriol restringía las libertades...

*S.F.:* Cuando se quiere vender algo, las indicaciones de uso sirven.

*P.E.:* Según los fabricantes se puede discutir esta necesidad, dado que la mayoría no las lee. Hay cantidades de objetos que no poseen traducciones en francés y eso no impide la venta del producto. Los objetos técnicos son los que lo necesitan efectivamente, pero si uno compra una pelota, que el envoltorio lleve o no el nombre en francés es irrelevante. Pero ahora esto es obligatorio; en cierto modo es posible decir que así se protege al consumidor.

El segundo punto importante, y progresista, concierne a los contratos de trabajo. Deben redactarse en la lengua del contrayente, y esto no se limita solo al francés: si el contrayente es tamil, por ejemplo, y hace su contrato en París, puede exigir que su contrato esté redactado en tamil.

*S.F.:* ¿Pero a condición de que ambos sean bilingües?

*P.E.:* En absoluto. Si llega un peón turco o cabila que solo habla su lengua, a su pedido se debe hacer una traducción al turco o al cabila. Junto a esto, desgraciadamente, la ley adopta un sistema extremadamente chocante que consiste en restringir las libertades de los franceses en el uso de su lengua, en el uso del vocabulario. Decide que deben tomarse medidas en dos casos fundamentales: 1) en ninguna publicidad, desde un aviso clasificado hasta un anuncio comercial, se debe emplear palabras extranjeras en la medida en que exista una palabra francesa equivalente, y 2) lo mismo rige para toda presentación radiofónica o televisiva. Por ejemplo, si te interrogan sobre la teoría de Chomsky del *Gouvernement and Binding* tienes que responder obligatoriamente con la "traducción" francesa: *gouvernement et liage*. Esto constituye un ataque a los derechos del hombre tal como fueron promulgados en la Declaración de 1789: un ciudadano puede hablar, escribir e imprimir libremente. Y "libremente" implica, por cierto, la libre elección de las palabras, porque en aquella época esto estaba relacionado con la libertad de opinión, sin olvidar las querellas ideológicas y religiosas. Por primera vez se introdujo la libertad de culto, católico, protestante, judío, y por ende se tuvo el derecho de emplear palabras en latín o en hebreo. Por lo tanto, es una gravísima restricción de las libertades, que, por lo demás, introduce una xenofobia nunca antes vista: la xenofobia lingüística, ya que se intenta expulsar los términos extranjeros, y no solo los ingleses, sino las palabras extranjeras en general. Se trata, por lo tanto, de un problema fundamental para nosotros, los lingüistas, pues ¿quién puede decir qué es una palabra extranjera? *Penalty* existe en Francia desde hace más de un siglo, desde la introducción del fútbol (¿es un término extranjero?). *Penalty* se escribe aún sin acento en la é porque la mayoría de la gente no está al tanto de las modificaciones propuestas.

*S.F.:* Se trata entonces de un problema de fondo: finalmente no se debería hablar francés ya que en alguna parte subyace el latín.

*P.E.:* De hecho, ¿acaso se trata de instaurar algún "derecho de sangre"? ¿Qué es una palabra de "sangre francesa"? ¿Una palabra que figura desde hace mucho en nuestros diccionarios es francesa? La jurisprudencia del Consejo de Estado<sup>4</sup> va en tal sentido después de haber estudiado varios casos, pero ¿eso significa acaso que las palabras extranjeras, no incluidas todavía en los diccionarios y para las cuales existe un

término oficial propuesto, deban desaparecer, aunque por usanza se vuelvan cotidianas? De algún modo se trata de bloquear el desarrollo de la lengua y esto se vuelve peligroso cuando se aproxima el debate parlamentario sobre la inmigración. Recordemos que la ley Bas-Lauriol fue adoptada en 1975, en el preciso momento en que el gobierno de entonces había decidido la inmigración cero para las personas. ¡Curiosa coincidencia que tiene aspecto de "purificación étnica" de la lengua!

*S.F.:* Siguiendo ese razonamiento, me parece que lleva a la imposibilidad de desarrollar la francofonía. ¿Cómo integrar las palabras llegadas de "fuera", del Africa, de América, si las palabras extranjeras se prohíben? En cierto modo es la inversa de lo que se llama el desarrollo de una lengua. En América, donde dominan las lenguas europeas, castellano, portugués, inglés, por el mero hecho de la colonización y de la inmigración, el "mestizaje" es uno de los modos de implantación de estas lenguas, lo que, salvo en el Paraguay, donde el guaraní es también lengua oficial, se hizo "contra" las lenguas indígenas locales. Estas tienen de alguna manera el estatus del bretón o del vasco en Francia. ¡Si llegáramos al absurdo, el francés solo debería hablarse en Ile-de France!

*P.E.:* Si se quisiera universalizar, lo que siempre fue una preocupación francesa, la universalización de esta ley no sólo echaría el francés del Africa y del Canadá sino también del País Vasco y de Breñaña. La verdadera contradicción apareció cuando se inscribió en junio de 1992 en la Constitución, lo que nunca se había hecho antes, que la lengua de la República era el francés. Lo que significa que todos los actos administrativos de Estado deben ser redactados en francés. En última instancia -y esto se encuentra en la ley Toubon- se podría imponer que las tesis estén totalmente redactadas en francés. Actualmente se presentan habilitaciones para dirigir investigaciones (capacitación para presentarse a concurso de profesor titular) en las cuales la mitad de los trabajos (artículos publicados en el exterior) no están en francés, pero que son presentados con el objetivo de obtener un diploma francés. A finales del

4. Consejo de Estado: primer cuerpo del Estado, organismo supremo de la jurisprudencia en Francia. Actualmente es el consejero supremo en lo que respecta al Poder Ejecutivo (redacción de proyectos de ley) y es el tribunal administrativo supremo, garante de los derechos y libertades.

siglo XIX las tesis todavía se redactaban en latín. Los primeros en abandonar esta práctica fueron los ingleses y los alemanes, sobre todo porque el latín ya no era una lengua científica. La lucha contra el latín comenzó con los *Serments de Strasbourg*<sup>5</sup> y las ordenanzas de Villers-Cotterêts. Pero no presentar las tesis en latín no significa en absoluto eliminar las palabras latinas. Decir que hay que hablar francés en la radio y en la televisión es normal, pero de ahí a decretar que ya no se trata de francés cuando se "infiltran" palabras extranjeras es totalmente inadmisibles para un lingüista.

Una lengua vive del préstamo de palabras; de cualquier modo, las palabras inglesas pronunciadas con acento francés se vuelven francesas. Para la lingüística, la ley Toubon es falsa, para la defensa de las libertades es grave y es absurda en la perspectiva de la vitalidad de la lengua. Más aún, es inquietante en lo que respecta a la organización de coloquios internacionales. Obligar a los participantes a hablar en francés o con traducción simultánea, estén o no subvencionados por el Estado, y teniendo en cuenta que no hay medios para pagar tales servicios de traducción, significa sencillamente que la mayoría de los coloquios de alto nivel científico dejarán de hacerse en Francia o estarán fuera de la ley.

Hay entonces dos problemas principales:

1) Los franceses deben utilizar la lengua de la República, lo que es normal en los actos administrativos, pero ¿para las conversaciones privadas? ¿para la práctica social? ¿No significaría en última instancia la prohibición de hablar lenguas extranjeras? Esto evoca tristes recuerdos: durante el nazismo nadie tenía derecho a hablar otra lengua que no fuera el alemán; en la región eslovena austriaca uno podía ser deportado si, por ejemplo, hablaba esloveno.

2) Por lo demás, un francés puede pertenecer a diferentes comunidades. Si bien no es mi caso, el catolicismo integrista nos llevaría a escuchar la misa en latín; como científicos, dado que la lengua internacional es el inglés, tenemos que hablarlo forzosamente. Por lo tanto, como individuos podemos pertenecer por momentos a diferentes comunidades. Yo, que no soy católico integrista, tengo lazos regionales y me sucede hablar en dialecto (*patois*) y tengo otras inserciones, y no soy el único...

5. Serments de Strasbourg (842): Carlos Calvo y Luis el Germánico los pronuncian contra Lotario. El texto está escrito en las lenguas vernáculas de las partes.

*S.F.:* Esto plantea un problema divertido y trágico al mismo tiempo. Hablabas de sistemas autoritarios; te recuerdo que en la Italia fascista era obligatorio el uso exclusivo del italiano. Tengo recuerdos de infancia en la Argentina que se reactualizaron con la discusión de la ley Toubon. En casa se hablaba francés y cada vez que nos oía la persona de servicio decía: "Están hablando mal del general en su lengua"; acabamos por quedarnos sin empleada por miedo a ese control continuo y peligroso. La otra historia concierne a los porcentajes de música nacional; en esa época era del 50 %, recientemente en Francia se habló del 40 % para la música popular... Esta prohibición de canciones en lengua extranjera a veces tiene efectos perversos. Es lo que ocurrió con el rock. Los militares argentinos, al haber prohibido la música en inglés que pocos comprendían, ¡suscitaron una música contestataria en castellano!

*P.E.:* En Francia esto no sucedió con el rap (música de los jóvenes de la segunda generación de inmigrantes) y la ley Toubon no lo prohíbe; solo se ocupa de los puntos que he mencionado. Lo que es extraño, y muestra una incompreensión total de la vida de una lengua, es jugarlo todo sobre lo simbólico de las formas, sobre la nación, como si se hallara en peligro por unas pocas palabras... Las palabras "franglesas" que dan vueltas en la lengua son pocas y desaparecen rápido, pero son también una manera de viajar sin salir de casa, de escapar dándose el derecho a la imaginación.

*S.F.:* Empecé por preguntarte por las modificaciones "internas" del sistema y hablamos de las reformas de la ortografía, luego te planteé un problema de "exterioridad" y nos referimos a la ley Toubon. Es una ley aislacionista en un mundo abierto, y a priori esto es absurdo.

*P.E.:* Para la ortografía es evidentemente la inversa: se trata de comunicar lo interior de la lengua con lo que cada uno de nosotros habla, y en tanto que exterioridad existe la imposición de una voluntad política sobre la libertad de palabra.

Se dice que los jóvenes de la periferia, de los suburbios, necesitan identidad. Para los *beurs* ("árabe" al vesre) y los jóvenes negros de los suburbios, el rap y la música americana cumplen esa función y, como no se sienten franceses, integran al máximo palabras inglesas en su vocabulario. Por lo tanto, sería mejor que esas palabras se integren a la lengua

de todo el mundo y no a una pretendida lengua de los jóvenes.

S.F.: Para concluir con una paradoja, vemos lo que sucede actualmente en Sudáfrica. Los blancos afrikaans, autores del apartheid, no solo se aislaron completamente sino que redujeron su lengua; una variedad del holandés, a lengua segunda. Los negros se apropiaron sencillamente del inglés y, como son mayoritarios, la lengua oficial será el inglés. Quizá eso sirva para que nuestros gobernantes reflexionen....

## **Addenda**

### *I - De las restricciones constitucionales a la ley...*

Con fecha 29 de julio de 1994, el Consejo Constitucional rechazó algunos de los puntos más controvertidos de la "Ley Toubon". Para ello partió del artículo 11 de la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano:

*"La libre comunicación de los pensamientos y de las opiniones es uno de los derechos más preciados del hombre: todo ciudadano puede, por lo tanto, hablar, escribir, imprimir libremente, salvo en los casos de abusos determinados por ley".*

El rechazo del Consejo Constitucional señalaba a continuación:

"Esta libertad implica el derecho de cada uno de elegir las palabras que juzgue más apropiadas para la expresión de su pensamiento; la lengua francesa evoluciona como toda lengua viva, integrando en su vocabulario habitual términos de diversos orígenes, se trate de expresiones provenientes de lenguas regionales, de vocabularios llamados populares o de palabras extranjeras. Considerando que, tratándose del contenido de la lengua, se podía prescribir, como se hizo, tanto a las personas morales de derecho público cuanto a las personas de derecho privado en el ejercicio de una misión de servicio público, el uso obligatorio de una terminología oficial."

"[Este Consejo Constitucional, sin embargo] considera, respecto de la libertad fundamental de pensamiento y de expresión proclamados por el artículo 11 de la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, que no se podía imponer, bajo pena de sanciones, semejante obligación a los organismos y servicios de radiodifusión sonora y televisiva públicos o privados."

"Por lo demás, considera, por lo mismo, que el legislador no podía imponer [...] a personas privadas la obligación de utilizar, bajo pena de sanciones, ciertas palabras o expresiones definidas reglamentariamente en forma de una terminología oficial [...]."

Este es el resumen de la resolución del Consejo Constitucional según lo presentó *Le Monde* (31/7 - 1/8/94), en la cual se les garantiza a los ciudadanos, privados, la libertad de utilizar la o las lenguas que deseen, pero además -cruel satisfacción para el Ministro- se obliga a los funcionarios a emplear el repertorio oficial. Por último, y esto hace al trabajo de investigación científica, se rechaza la prohibición de utilizar una lengua extranjera (el inglés) en congresos y seminarios internacionales si no hubiera traducción. La sanción encarada por la ley era de tipo económico: se subordinaban las subvenciones a la publicación de los trabajos en francés, lo cual, según el Consejo Constitucional, "atenta contra el ejercicio de la libertad de expresión en la enseñanza y la investigación".

Estas disposiciones se inscriben casi explícitamente en las críticas que Pierre Encrevé formula en esta entrevista.

## II - ... al efecto boomerang en la Argentina

En el momento de ampliación de la Comunidad Europea a países de lenguas no latinas podría no resultar extraño el reflejo proteccionista del gobierno gaullista francés. A fin de cuentas, Francia se halla ante un problema geopolítico interesante: la futura integración de los países nórdicos y la eventual apertura a zonas de influencia alemana hacen del inglés la *lingua franca* por excelencia. Esto ya lo había notado Alphonse de Candolle hacia fines del siglo pasado, haciendo un cálculo demográfico a partir de dos factores: las academias científicas y las diferentes lenguas en las cuales se transmite el discurso científico: "El centro de

*gravidad de las ciencias avanzó del sud al norte. En tales condiciones, una lengua solo puede ser dominante si reúne dos características: 1) tener suficientes palabras o formas germánicas y latinas para estar al alcance a la vez de los alemanes y de los pueblos de lengua latina; 2) ser hablada por una considerable mayoría de hombres civilizados. Además de estas condiciones esenciales sería útil para el triunfo definitivo de una lengua, que poseyera también cualidades de simplicidad gramatical, brevedad, y claridad. El inglés es la única lengua que podrá, dentro de cincuenta o cien años, brindar todas estas condiciones.*" La proyección demográfica que propone Chandolle para fines de nuestro siglo muestra claramente a) la preeminencia del inglés como lengua de países con fuertes posibilidades de desarrollo científico, y b) en términos generales, el problema del tipo de lengua más accesible. Su razonamiento supone que los científicos aprenden más fácilmente una lengua que la otra. Así, la combinación entre lenguas germánicas y lenguas latinas trae como consecuencia la preeminencia del inglés, pues este participa de ambos sistemas.

Podríamos alegar que el razonamiento es simplista; sin embargo, plantea el problema central del intercambio científico en un mundo abierto.

Otro problema es de tipo político, como lo mostró Pierre Encrevé en la entrevista. Mantener una lengua no significa frenar su evolución, y el aporte de nuevas formas hace de la lengua ese "organismo vivo" que teorizaron los discípulos de Schleicher o los darwinianos. Cerrarla a toda transformación -que es lo que se notó en los comentarios hechos en ocasión del no-proyecto del ex-Secretario de Cultura de la Nación de la Argentina, Jorge Asís- permitió a ciertos críticos hablar de "limpieza lingüística". En el contexto del español de América parece más un acto surrealista que una propuesta seria.

En España se comentó la iniciativa de Asís, y parece interesante la reflexión de un corresponsal francés en Madrid, quien señala las soluciones habituales del español frente al acrecentamiento del léxico: van de la mera transcripción fonética -nuestros comunes *champú, fútbol, voleibol*- a la lectura de una sigla en el caso de los LP (long playing): *elepé*, incluyendo también interferencias de otras áreas de la hispanofonía: mexicanismos, argentinismos, etc.

Esto mismo fue evocado en el "Documento de Valladolid" de fines de octubre, documento final firmado por grandes escritores de

España y América. Ernesto Sábato concluía que "las únicas lenguas estables son las lenguas muertas, porque las lenguas vivas están en un permanente proceso de transformación en el cual todas las normas acaban por ser violadas, comenzando por las de la lógica."

Se podría llegar al absurdo imaginando una ley de defensa del inglés americano contra el *spanglish* tan hablado en Miami, puesto que el español es la segunda lengua hablada en el mundo "occidental". Citando a Umberto Eco en *Cambio 16*, "Los Estados Unidos se convierten en un país bilingüe. Dentro de poco, la dominación hispanoamericana será tan importante que el castellano será considerado como la segunda lengua internacional".

Creemos que estas consideraciones explican -sin justificarlas- la poca reacción de los expertos; lingüistas, especialistas de lenguas, frente a la ley Toubon en Francia, así como el intento argentino, que iba más allá de las declaraciones de Jorge Asís: "Estoy en medio de un escándalo pero afortunadamente nadie me acusa de haber robado nada. Mi delito, mi responsabilidad es defender el gerundio, esto me parece insólito y también patético." Lo que estaba en cuestión no era la lengua, sino un acto político.